

La picaresca española y la inglesa

Rubén del Rosario

I

España, creadora de tantos géneros literarios modernos, creó también la novela picaresca. Quizá en esta forma de arte no alcanzó la verdadera perfección, como alegan algunos críticos inclinados a favorecer a Francia en este sentido. Mas lo cierto es que el género picaresco así creado por España –perfecto o imperfecto– se derrama por toda Europa e influye en las literaturas del viejo continente. Al pasar este género a Inglaterra, adquiere matices especiales que trataremos de hacer resaltar en el presente ensayo.

La novela picaresca española es, como ha señalado alguien, un fenómeno esencialmente del siglo XVII. Las características del siglo son el barroco en arte, el gongorismo y el conceptismo en literatura y la hipocresía en religión y en moral. La última tendencia –tartufismo– es general: la vemos en cada aspecto de la vida. La picaresca española nace en rigor en esta época y refleja todas sus características.

Las mismas razones que permiten el crecimiento de la novela española impiden el nacimiento de la picaresca inglesa. En el siglo XVII el movimiento puritano está en todo su vigor, y las actividades literarias se sienten molestas por la censura. En 1642 Inglaterra cierra sus teatros. El regocijo público y aun la sonrisa son desterrados como algo ofensivo a la moral. No había, pues, lugar para la mueca picaresca.

La picaresca inglesa es esencialmente un fenómeno del siglo XVIII, que tiene orientaciones distintas a las del siglo anterior. La antigüedad clásica se pone de moda, y el ejemplo francés es el ejemplo en la vida europea. Nace un nuevo interés en la forma, y las cosas externas tienden a obliterar la importancia del contenido. La sinceridad (por lo menos en Inglaterra) vence a la hipocresía.

¿Cómo influyen sobre la novela picaresca estas diferencias de clima intelectual en Inglaterra y en España? Esto es lo que veremos en seguida.

II

El estilo. –El estilo difiere en la picaresca española y en la inglesa. En la española el estilo es complejo. El elemento barroco aparece con toda claridad en «Guzmán de Alfarache»; el conceptismo, de otro lado, puede verse en el «Buscón» de Quevedo y en el «Diablo Cojuelo» de Vélez de Guevara. En otras palabras, la picaresca española tiene exceso de ornamentación: a veces los árboles impiden ver el bosque. Si buscamos el mismo amor al adorno en la picaresca inglesa, no lo encontraremos. Los autores ingleses son escuetos, claros: Daniel Defoe, por ejemplo, no presenta las sinuosidades de estilo que presenta Mateo Alemán. Cada palabra está usada por Defoe en su valor convencional. La sencillez estilística es, pues, una cualidad típica de la picaresca inglesa.

El léxico. –Por lo que se refiere al léxico no puede decirse que haya una divergencia esencial. Quizá es cierto que los novelistas españoles del género tienen una ligera tendencia a usar vocabulario más brillante y sonoro. Si eso es verdad, podría explicarse por el clima de la Península. El fenómeno –influjo del clima sobre el léxico– puede observarse hasta dentro de España misma. Aún en Francia la gente del Sur tiene una conversación más brillante y espumosa que la gente del Norte.

La técnica. –La técnica en la novela picaresca española es idealista, en la inglesa es realista. En la española es idealista porque las cosas no se nos describen como son, sino como las concibe la mente llena de prejuicios de un pícaro. En algunos casos, como en Quevedo, el autor llega a la caricatura. La técnica española consiste, por lo tanto, en cargar el acento sobre ciertos y determinados aspectos vitales ignorando otros de menos importancia y de no menos realidad. Una técnica así no puede llamarse realista. En cambio, la técnica de la novela inglesa es propiamente realista. Esto puede verse con bastante exactitud en la obra de Fielding y en la de Defoe. Defoe había estado en contacto con las clases bajas antes de empezar a escribir sus novelas. Y a pesar de esto, no nos da un pedazo de realidad, sino que nos traza un retrato completo de la sociedad de su tiempo. Moll Flanders –personaje defoeano– tiene demasiadas buenas cualidades para ser

condenada como la caricatura de una mujer: en realidad posee más elementos vitales que Justina o que Pablos.

Si escarbamos en la técnica de la obra “Tristram Shandy” de Sterne, encontraremos el lazo de unión entre la picaresca inglesa y la española. La novela de Sterne ofrece la misma técnica evaporatoria que las novelas españolas. Pero hay una diferencia en la intención que aleja al novelista inglés de los novelistas españoles (v. gr. Quevedo) y le acerca a un poeta, a Góngora. Quevedo filtra las cosas reales para obtener un sedimento cargado de fealdad. Sterne, como Góngora, filtra la realidad para alcanzar la belleza pura; es así como logra darnos una imagen de absoluta blancura en el Tío Toby.

III

Por lo que se refiere al contenido de las novelas, hay bastantes diferencias entre la picaresca española y la inglesa.

La intención. –Desde luego, la intención de una y otra no es la misma. La picaresca inglesa tiene un propósito moral y moralizador. Los anglosajones, alguien ha dicho, tienen el espíritu misionero incrustado en su carne. Y en esto son sinceros. Alceste podía haber vivido en Inglaterra con toda seguridad. No hay que dudar que los pasajes moralizadores de la picaresca inglesa son realmente morales.

En las obras españolas la posición varía. Las interpolaciones morales no son tan frecuentes como se ha asegurado; puede decirse que tales interpolaciones casi faltan en escritores representativos como Quevedo, Vélez de Guevara y el autor del «Lazarillo». Por otra parte, cuando aparecen, se hace necesario leerlas, a menos que quiera uno perder de vista elementos de gran importancia dentro de las novelas. En suma los párrafos moralizadores, aunque no son verdaderamente morales, deben ser leídos, pues llevan la intención de subrayar la bajeza y fealdad moral del resto de la obra.

La intriga. –Los autores ingleses tienen la preocupación de la intriga, del plot. Esta generalización adquiere valor particular en la novela picaresca. Las obras inglesas son compactas y sólidas. Si omitimos un capítulo de “Oliver Twist”, por ejemplo, perdemos un matiz esencial en el carácter del pobre protagonista. El «Lazarillo de Tormes»,

puede empezar a leerse en cualquiera de sus tratados. Un dato más confirma la independencia de cada capítulo en las obras españolas, y es el hecho de que la narración puede ser cortada por el autor para intercalar cuentos cortos que a veces ni tienen relación con la intriga primordial. Ejemplo: cap. VIII, parte I del «Guzmán de Alfarache».

Los personajes. –Si los autores ingleses no se atreven a hacer digresiones de carácter narrativo, en cambio hacen cualquier maroma por perfilar bien sus personajes, aun cuando tengan que acudir a la digresión. Defoe encuentra un deleite especial en el análisis psicológico: por eso asistimos a la desintegración moral de Moll Flanders. Laurence Sterne utiliza un procedimiento más estético. Sus personajes revelan los pliegues secretos de sus almas, no en la acción, como los de Defoe, sino en la inacción. Así es que el nacimiento de un niño –Tristram– ocupa cientos de páginas, y durante todo este tiempo hace una amistad con la familia del muchacho, con el autor y con la familia del autor.

Un interés igual en el análisis de los personajes no lo hallaremos en la picaresca española. Que acentúa el estudio de la sociedad más que el del individuo. Y es que el género español no pierde nunca de vista sus orígenes medievales: Danzas de la Muerte, etc. La literatura española, a pesar de lo que dicen algunos críticos, es una literatura esencialmente social. La sociedad constituye el héroe de la novela picaresca, como lo es también de «Fuente Ovejuna» y de «La Numancia».

La filosofía. –La filosofía que emana de la picaresca inglesa es sin duda optimista. La esperanza parece aterrizar sobre cada página y sobre cada línea. Los autores, y aún los pícaros, moralizan porque están seguros de que este mundo es el mejor de los mundos. Acaso la filosofía de Leibniz estaba en la atmósfera en la época en que se componen las mejores novelas picarescas inglesas. Moll Flanders no abandona su profesión de ladrona, porque cada día espera algo más de la vida.

De otro lado la filosofía de la picaresca española es profundamente pesimista y estoica. No hay remedio. El destino es todo. La tradición que parte de Séneca hasta llegar a Schopenhauer, humedeciendo de paso toda la literatura española, deja su impronta en la picaresca peninsular.

IV

Conclusión

Hemos tratado de poner de relieve (superficialmente, es claro) todo aquello que a nuestro juicio constituye lo diferencial entre las novelas picarescas inglesas y las españolas. No hay que olvidar, sin embargo, que bajo estos rasgos diferenciadores late la unidad fundamental del género. Que es lo que España saca de sus propias entrañas y transmite e integra a las naciones vecinas, incorporando así una nueva modalidad a la literatura europea.